

A bordo de las ínsulas extrañas *

Según nos advirtió el propio autor, «Cuaderno de las Insulas Extrañas» * formará parte del libro de poemas «Cuadernos de barlovento», no terminado aún. Pero sea cual fuere el contenido total del futuro volumen, «Cuaderno de las Insulas Extrañas» tiene vitalidad, unidad e independencia, y, por tanto, puede existir libremente separado del libro al cual pertenecerá. Es una obra total, no un fragmento. Y presenta, además, una novedad: en esta ocasión los poemas de Enrique Badosa están escritos en prosa.

Nos hallamos, pues, ante un libro de poemas en prosa que en modo alguno debe confundirse con la llamada prosa poética. En el primer caso hablamos de un género de una entidad propia, de un universo poético unitario, cerrado en su significado y en su intención. Un verdadero poema, en fin, cuyos ritmos y rima se han resuelto alineándose en horizontalidad prosística. En el segundo caso nos referimos a un incidente formal, no conceptual. Una manera de decir las cosas con ambición estilística que toma no de la poesía sino del léxico reputado como poético, parte de sus formas, y con ello la posibilidad de amanerar el texto y diluir la tensión de su propósito mediante un lenguaje extraordinario. Un poema en prosa no necesita adornos y se sirve libremente de la prosa sin pulverizar sobre ellas aromas de lírica estereotipia. Cada poema lo es gracias a su unidad de significado y contenido. Las palabras forjan el poema en virtud de su oportunidad y carga significativa y emocional, no porque formen parte de un vocabulario tradicionalmente admitido como poético. En definitiva, un poema en prosa no necesita para nada de la prosa poética para alcanzar su realidad artística. Ni la prosa necesita de la poesía para no resultar inevitablemente prosaica.

Doce son los poemas que Enrique Badosa hace navegar a lo largo de su ya extensa obra, tan llena de mar. Llevan el rumbo de una novedad cuyo Norte es la proporción perfecta entre forma y fondo. Una inventiva generosa va disponiendo la sorpresa de un mundo insólito, la magia del cual fluye con sabia naturalidad para que aceptemos y entendamos el prodigio.

La idea inspiradora de los poemas, si atendemos a la cita que preside el libro, pertenece a San Juan de la Cruz, que hace mención de ellas en la glosa de la Canción XIV del «Cántico Espiritual». Lo que para el místico es medio para elevarnos al mundo trascendente, en Enrique Badosa es un camino que conduce a la espesura de la propia intimidad para narrarnos la aventura de sus descubrimientos introspectivos. Cada isla, cada navegación, es biografía, encuentro y aspiración. Y nada hay tan particular en un hombre que, de algún modo, no sea noticia de los demás. De ahí que los hallazgos del poeta son formas especulares en las que reconocerle y reconocernos.

Aunque las connotaciones son múltiples, cada poema tiene una idea rectora. «Egonia», por ejemplo, expresa la ruptura del egocentrismo, de la proyección inmadura, para alcanzar una individualidad liberadora. «Biblonisos», el utópico anhelo

* ENRIQUE BADOSA: *Cuaderno de las Insulas Extrañas*. Editorial Prometeo. Colección Gules. Valencia, 1982.

del saber universal. «Portinaria», el acto de fe que halla en lo alto el camino azaroso de la vida. Y así, sucesivamente, el lector hallará en cada singladura la revelación, por modo poético, de aspectos fundamentales de la existencia. Bellísima y misteriosa «Rodonia», el enigma de la cual encomiendo a la sutileza del lector. Basta esta nota orientativa. El lector obtendrá en el secreto, que no en la oscuridad, de cada poema, el placer de sus propias interpretaciones. Interpretaciones que pueden ser múltiples y válidas, ya que el autor muestra sus insólitas experiencias sin significado unívoco. Todo el libro es un conjunto de transposiciones analógicas de imágenes y símbolos, lo cual no presupone el equívoco, lo gratuito o lo casual. Una diáfana sencillez estilística permite expresar las más audaces invenciones.

He hablado de novedad. Intentaré explicar en qué consiste. Hasta ahora libros como «Historias en Venecia» o «Mapa de Grecia» bastan para que advirtamos de qué modo Enrique Badosa se sirve de la realidad inmediata —geográfica o histórica— para explicarse a sí mismo. En «Cuaderno de las Insulas Extrañas», el «sí mismo» procede en sentido inverso. Inventar una realidad, la describe y la recrea en concretos poemas, la magia de los cuales es el vehículo de su catarsis. Pero inventar una realidad coherente en su alegoría, supone no sólo los juegos de la fantasía, sino los trabajos de la imaginación. Se produce una paradoja: para llegar a una expresión sumamente lírica se recurre a la épica. En el caso de los anteriores libros, la exterioridad solicitaba la intimidad, ahora es la intimidad la que requiere un apropiado escenario donde desarrollar la aventura personal.

Lo anterior nos permite deducir cómo épica y lírica se dan conjuntamente en cada poema. Es más, el simbolismo anuda ambos géneros unificándolos en su hilo narrativo. Cada poema tiene en su unidad intencional y en su concisión final algo del cuento y del soneto. Como intento de deslinde analítico cabría hablar de un onirismo dirigido en la anécdota y de lirismo en el propósito que la alienta y le ha dado el ser. El lirismo sería la fuerza poética para expresar el mundo interior; y el contenido onírico, la sucesión anecdótica narrativa en la que el argumento y los objetos que en él muestran, alcanzan un valor simbólico.

En el sueño, el universo se superpone al acontecer objetivo y lo utiliza sin anularlo del todo. En la creación consciente —y éste es el caso que nos ocupa—, por libre que ésta sea, sucede al revés. El poeta elige las imágenes que mejor expresan la simbología mediante la que trata de mostrarse, creando para ello un mundo objetivo. Sin esta función rectora se caería en un automatismo irrelevante y difuso. Y precisamente éste no es el caso de los poemas del presente libro. Es imposible que en este juego artístico e intelectual no se cuelen de rondón —invitando a toda suerte de conjeturas— parcelas insumisas del subconsciente, pero, a mi entender, éste halla más camino en la expresión lírica, en los contenidos formales elegidos entre los que la inspiración ofrece, que en la propia anécdota onírica. El autor dirige, trabaja y dispone el argumento del poema, pero es imposible señorear totalmente la forma como el poema es expresado. La riqueza que todo esto supone para el lector como medio de conocimiento y como exultación emocional e intelectual me parece incuestionable.

Las doce ínsulas extrañas son otras tantas naves en que el autor navega por su propio mar interno. Sus nombres —extraídos del griego y del latín— son una

indicación de su significativa realidad. El libro se inicia y acaba en lo cotidiano. Entre estos extremos, la sólida aceptación de lo maravilloso. ¿Pero acaso lo maravilloso no duerme con claridad irreconocible en cada una de las horas de nuestra oscura vigilia, tiranizada por los cegadores focos con los que nos interroga inexorable lo inmediato? Enrique Badosa transmuta en sueños luminosos de arte y significaciones las sombras de la vigilia. Y por un momento hace que una nueva realidad, quizá por extraña más verdadera, nos sustraiga de la irrealidad obviamente aceptada con la que nos contamos la historia nuestra de cada día.—ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS (*Ausías March*, 31. BARCELONA-10).

Cartas de amor

Encuadrada en su última producción y contrastando con ella —y casi podríamos decir con toda ella, desde ese existencial pesimismo que despuntaba en *La sombra del ciprés es alargada*—, Delibes ha escrito un *divertimento*: *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*¹. Nada aquí de las violencias traumáticas y el correr de la sangre de *Las guerras de nuestros antepasados*, *El disputado voto del señor Cayo* o *Los santos inocentes*, novelas en las que el humorismo, siempre presente en el autor vallisoletano, constituye un elemento secundario o periférico. Pero, claro está, dado que el héroe novelesco es siempre, como apuntaba Lukacs, un héroe problemático, el voluptuoso sexagenario firmante de esas cartas, Eugenio Sanz, no puede sustraerse a los rasgos negativos que frecuentemente adornan la condición humana y que, en este caso, salpican el relato epistolar de graciosos e incluso crueles detalles, preludivando el casi esperado desenlace. Así, al margen de ese final rezumante de traición y de ilusiones perdidas, el lector habitual de Delibes puede ir deshilvanando ingredientes ya no tan risueños, como la represión sexual —y su inevitable raíz familiar, rayana en lo incestuoso—, las ambiciones ya conseguidas y ya frustradas —en el marco de los vaivenes de una posguerra de depuraciones y arribismos—, la actitud crítica ante «la paja en el ojo ajeno» —anticipada por la cita de Proust que preside el libro—, todo ello sobre un relón de fondo de alifafes propios de la edad —vividos como auténtica hipocondría—, de tufaradas de recetas gastronómicas y de mucha mesa camilla ante el televisor.

Si ahora mismo se le concediera el premio Nobel a Miguel Delibes, se diría, más o menos, en esas estereotipadas y escuetas informaciones de urgencia que nos suministran las agencias de noticias, que tal premio se le ha otorgado en virtud de haber sabido reflejar como nadie, en un mundo en progresiva industrialización y mecanización, un medio rural agonizante, unos tipos populares y un campesinado sujetos al ostracismo y a la emigración, y un paisaje natural, con toda su flora y fauna, abandonado o degradado. Y si así fuera, el seco trallazo informativo de alcance

¹ En adelante, cito siempre por la primera edición, Ediciones Destino, Barcelona, octubre de 1983.